

Reconocer el espíritu

9

Jacques Custeau, S.J.



Colección

RENOVACION

9

© **EDICIONES PAULINAS**
Vicuña Mackenna 10.777, La Florida (Stgo.), Chile
Abril de 1991
Impresor: **TALLERES GRAFICOS**
Pía Sociedad de San Pablo
Impreso en Chile – Printed in Chile

DISCERNIMIENTO Y FRUTOS DEL ESPIRITU

Discernir significa *reconocer*. El discernimiento espiritual es el arte o el don de reconocer lo que viene de Dios y lo que no viene de El. Decimos *arte* porque el discernimiento puede ser una habilidad que se adquiere por el conocimiento y la práctica de las leyes y reglas que regulan esta habilidad. Una habilidad de este tipo se adquiere y se injerta en disposiciones o talentos naturales.

El discernimiento puede ser igualmente un *don*, como nos lo enseña san Pablo (1 Co. 12,10). En este caso, Dios da por gracia un instinto sobrenatural muy seguro que permite reconocer inmediatamente el origen sobrenatural y no sobrenatural de las inspiraciones interiores que animan a una persona o grupo.

Se reconocen las personas o las cosas por los signos que permiten identificarlas claramente, y distinguir las de otras cosas. Es a partir de los síntomas (los signos) que el médico puede diagnosticar (discernir) una enfermedad. Es a partir de un conjunto de signos particulares que puedo distinguir a una persona de otra; la similitud puede ser

en algunos casos tan grande que llame a equivocación, pero, observándola muy atentamente, se constata que ciertos signos faltan en ella y finalmente reconozco que, a pesar de una gran semejanza, no es la que yo creía.

Cuando se trata de acciones y de actitudes, es la misma cosa; hay un conjunto de manifestaciones y de comportamientos interiores y exteriores que permiten reconocer con certeza lo que viven las personas. El ejemplo más simple y más esclarecedor lo tenemos en los enamorados. ¿Han observado ustedes a los enamorados? Lo que viven interiormente a nivel del corazón, manifiestan un conjunto de comportamientos exteriores que los traicionan y expresan a los demás lo que viven en lo más profundo de sus seres. Todos hemos escuchado una reflexión como la siguiente: “¿Qué le ocurre a aquél o aquélla? ¡Está cambiado(a)! ¡No es la misma persona!” Generalmente se encuentra alguien que observa con humor: “Pero si es muy simple: está enamorado(a)”.

La felicidad vivida interiormente se transparenta al exterior y manifiesta las transformaciones interiores vividas por la persona. Si volvemos a encontrar la misma pareja, veinte o treinta años más tarde, en un momento de discordia, cuando se encuen-

tran al borde de la separación, las actitudes y los comportamientos habrán cambiado hasta tal punto que será fácil para un observador reconocer que la situación no anda bien.

Somos seres encarnados; por muy interior que sea un movimiento nuestro, éste se traducirá en actos, comportamientos y actitudes exteriores. Este conjunto de comportamientos en el resultado o el fruto de lo que se vive interiormente. Si estamos animados por el Espíritu del Señor, éste se manifestará por signos o frutos buenos. Igualmente, si el espíritu es del maligno, se manifestará por frutos malos. La enseñanza de la Escritura es explícita sobre este punto.

LA ENSEÑANZA DE JESUS

Cuando Jesús comienza su vida pública, se pone a anunciar la Buena Nueva del Reino de Dios y, poco a poco, se revela como el Hijo de Dios. Para probar sus aseveraciones, hace lo que san Juan llama "signos" (Jn. 2,11) y que llamamos comúnmente milagros. Esos signos vienen a confirmar las enseñanzas del Señor.

Para citar un ejemplo, detengámonos en la sanación del paralítico tal como la relata san Marcos (Mc. 2,1-12). La muchedumbre alrededor de Jesús es compacta. Cuatro hombres traen sobre una camilla a un paralítico. Frente a la imposibilidad de acercarse a Jesús, se opta por la única solución posible: subir al techo y bajar la camilla donde está El. Imaginemos la escena, el enfermo a los pies de Jesús. Frente a tal fe, el Señor le dice al paralítico: "Hijo, tus pecados te son perdonados". Murmuraciones de los Fariseos que saben bien que sólo Dios puede perdonar los pecados. "¿Por qué tienen ustedes esos pensamientos en sus corazones?", pregunta Jesús. "¿Qué es más fácil decir al paralítico: Tus pecados te son perdonados, o

decirle: Levántate, toma tu camilla y anda? Bueno, para que sepan que el Hijo del hombre tiene poder para perdonar los pecados en la tierra, te ordeno (le dijo al paralítico), levántate, toma tu camilla y vete a tu casa". La enseñanza es clara: la sanación viene a confirmar la afirmación de Jesús al parilítico: "Hijo mío, tus pecados te son perdonados".

A lo largo de toda su vida, Jesús actuará igual. El que se declaró ser la Luz del mundo (Jn. 9,5), devolverá la vista al ciego de nacimiento (Jn. 9,6-41). El que se declara la Resurrección y la Vida (Jn. 11,25), resucita a Lázaro (Jn. 11,1-44). Sus actos prueban lo que afirma. De ahí la nota de tristeza de san Juan cuando, al fin de la vida pública, escribe: "Aunque hizo tantos signos y prodigios, no creían en El" (Jn. 12,37).

El mismo Jesús había apelado a sus "obras" frente a los judíos que querían lapidarlo por que se declaraba Hijo de Dios: "Si no hago las obras de mi Padre, no me crean; pero si las hago, aunque a mi no me crean, crean por las obras que hago" (Jn. 10,37-38).

Los judíos ven bien las obras o los signos realizados por Jesús, sin embargo se niegan a admitir que es la obra del Padre. Llegan

hasta la blasfemia: "Es por Beelzebul que Jesús expulsa a los demonios (Mt. 12,22-24). Jesús les replica que es por el Espíritu de Dios, porque de otro modo, Satanás estaría dividido contra sí mismo y su reino se derrumbaría (Mt. 12,28). Este Espíritu de amor que vive en Jesús se manifestará en toda su vida. El criterio último que nos permitirá juzgar la autenticidad y la veracidad de las afirmaciones de Jesús será su actitud en toda su vida. Su obrar manifestará su ser profundo.

Mi alimento, dirá Jesús, es hacer la voluntad del que me ha enviado y de llevar a cabo su obra" (Jn. 4,34). Esta obediencia amorosa de la voluntad del Padre, llevará al Hijo a la pasión y muerte en Cruz: "Padre... que no sea mi voluntad la que se haga, sino la tuya" (Lc. 23,42).

Jesús no se contentó con manifestar por sus actos y sus actitudes que estaba guiado por el Espíritu de Dios; nos dio igualmente una enseñanza. Cuando los Fariseos procuran sorprenderlo en algún error, él dice a la multitud: "Tengan cuidado de los falsos profetas que vienen a ustedes disfrazados de ovejas, pero que por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los reconocerán: ¿Acaso se cosechan uvas de los espinos o higos

de los cardos? Así, todo árbol bueno da buenos frutos, en cambio el árbol malo da frutos malos. Un árbol bueno no puede dar frutos malos, ni un árbol malo dar frutos buenos... Por lo tanto, en sus frutos los reconocerán" (Mt. 7,15-18,20).

Notemos la imagen del árbol y de los frutos; se necesita tiempo para que el árbol crezca y pueda dar frutos. No es necesario ser agricultor para saber que entre el nacimiento de las bellas flores primaverales y la cosecha de los frutos del otoño, pasan las semanas y los meses. Y si es cierto, como dice el poeta, que los frutos no alcanzan siempre la promesa de las flores, reten-gamos esta verdad: la verificación de los frutos del Espíritu exigirá que nos demoremos algún tiempo; es necesario, ya que Dios nos ha creado en el tiempo.

El Señor nos da todavía otra enseñanza importante: el cumplimiento de la voluntad de Dios es un criterio de discernimiento. "No basta decir: Señor, Señor, para entrar en el Reino de los Cielos; es necesario hacer la voluntad de mi Padre que está en los cie-los. Muchos me dirán ese día (día del juicio final): Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu Nombre echamos fuera demonios, y en tu Nombre hicimos muchos

milagros? Entonces les diré: "Nunca los he conocido, apártense de mí ustedes que cometen iniquidades" (Mt. 7,21-23). La advertencia es importante y hay que retenerla: no son ni las profecías, ni los exorcismos, ni incluso los milagros que constituyen el criterio último del discernimiento, sino el cumplimiento amoroso de la voluntad del Padre. Jesús nos advierte que "surgirán falsos Cristos y falsos profetas que harán grandes señales y prodigios, capaces de engaños si fuere posible, incluso a los elegidos" (Mt. 24,24).

¿Cuál es entonces el criterio último? Es la caridad. "He aquí mi mandamiento: ámense los unos a los otros como yo os he amado. No hay prueba de amor más grande que dar su vida por sus amigos. Y ustedes son mis amigos si hacen lo que les ordeno" (Jn. 15,12-13). "En esto todos los reconocerán como mis discípulos: en este amor que tendrán los unos por los otros" (Jn. 13,35).

EN SAN JUAN

Viviendo en una Iglesia que ya conoce la herejía y donde cada uno se pretende conducido por el Espíritu, el apóstol san Juan está llamado a señalar un discernimiento y a dar a sus lectores principios que les permitirán saber "si son de Dios". Por eso escribe: "Bien amados, no se fíen de cualquier espíritu, examinen los espíritus para ver si vienen de Dios, ya que muchos falsos profetas han venido al mundo" (1 Jn. 4,1). Cuando releemos las epístolas de Juan especialmente la primera que da indicaciones para el discernimiento, él nos remite a los frutos del Espíritu como criterio.

El Espíritu que viene de Dios nos conduce a Jesucristo, a su misterio y a su doctrina. "De esta manera podemos reconocer el Espíritu de Dios: todo Espíritu que reconoce a Jesucristo, es el Espíritu de Dios; y todo Espíritu que no reconoce a Jesús no viene de Dios" (1 Jn. 4,2-3). "El Espíritu de Verdad", enviado por el Padre y por Jesús, se opone al "espíritu de error" (1 Jn. 4,6). Cualquiera que pretende pasar más adelante en el misterio de Cristo y "no permane-

ce en la doctrina de Cristo", no es movido por Dios (2 Jn. 2,22) y "ninguna mentira proviene de la verdad" (1 Jn. 2,21).

La unción del Espíritu Santo instruye al creyente (1 Jn. 2,20-27) y le infunde un amor que no se traduce solamente "en palabras o lenguas, sino en actos" (1 Jn. 3,18). Concretamente: Dios es amor (1 Jn. 4,16) y la adhesión a Dios se convertirá en una caridad que destierra todo temor (1 Jn. 4,18), una caridad que se adecúa a las exigencias de la enseñanza de Jesús. "En esto sabemos que lo conocemos: si guardamos sus mandamientos. Aquel que dice: 'lo conozco' y no respeta sus mandamientos, es un mentiroso y la verdad no está en él" (1 Jn. 2,3-4). "En esto reconocemos que somos los hijos de Dios: cuando amamos a Dios y hacemos lo que nos manda" (1 Jn. 5,2).

Amar a Dios no basta; se debe igualmente amar a su hermano. San Juan retoma incansablemente el gran mandamiento, el mandamiento nuevo dejado por Jesús el día antes de su muerte y que será el signo mediante el cual todos reconocerán a los creyentes como sus discípulos (Jn. 13,34-35). "Amémonos los unos a los otros, puesto que el amor es de Dios y cualquiera que ama es nacido de Dios y conoce a Dios" (1 Jn. 4,7).

“Si nos amamos los unos a los otros, Dios permanece en nosotros” (1 Jn. 4,12). Como si este criterio peligrara de no ser bastante claro en una Iglesia dividida por la herejía, Juan reitera su pensamiento: “Si alguno dice: “amo a Dios’ y odia a su hermano, es un mentiroso: quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve, y hemos recibido de él este mandamiento; quien ama a Dios, ame también a su hermano” (1 Jn. 4,20-21).

EN SAN PABLO

Un día Pablo encontró al Señor y fue invadido por el Espíritu que lo guió hasta el fin de su vida. El fundador de las primeras comunidades cristianas conoció también, a lo largo de su carrera misionera, numerosas dificultades. Si san Juan hablaba de aquellos que se extraviaban queriendo "pasar más adelante" en el misterio de Cristo, Pablo habla de los "falsos apóstoles de Cristo" y de "Satanás que se disfraza de ángel de luz" (2 Co. 11,13-14). A través de su experiencia de vida en el Espíritu, al igual que a través de los obstáculos, las dificultades, las persecuciones, y las trampas tendidas en su camino, Pablo aprendió a reconocer la acción de Dios y la del Maligno (2 Co. 11, 23-33).

En la primera carta a los Tesalonicenses, Pablo escribe: "No apaguen el Espíritu, no desprecien el don de profecía; examínenlo todo y quédense con lo bueno. Apártense de toda clase de mal" (1 Tes. 5,19-22). ¡Retengamos la advertencia! En cierto momento podemos estar tentados de apagar el Espíritu porque su acción nos molesta, nos obli-

ga a salir de nuestra manera habitual de ver y de actuar. Podemos igualmente estar tentados de apagar el Espíritu indicándole nosotros los caminos a tomar; o tentados, por último, de apagar el Espíritu ignorando sus impulsos. Pablo no se contenta con decirnos “¡No apaguen el Espíritu!”, agrega enseguida: “Examínenlo todo”. San Juan, como hemos visto, escribía igualmente: “No se fíen de todo espíritu sino pongan a prueba los espíritus para ver si vienen de Dios” (1 Jn. 4,1). Las enseñanzas de Pablo y de Juan se reúnen: se impone una verificación para saber qué espíritu nos anima. Los frutos espirituales permiten esta verificación. “Tengan cuidado de los falsos profetas, había dicho Jesús; por sus frutos los reconocerán” (Mt. 7,15-20). Pablo va a retomar esta imagen de los frutos reveladores de la calidad del árbol.

En un pasaje clásico en materia de discernimiento espiritual, el apóstol Pablo describe lo que llama “el fruto del Espíritu” (Gá. 5,22). Lo que debería captar nuestra atención aquí es el hecho que, a pesar de los frutos numerosos que enumera este pasaje a los Gálatas (Gá. 5,22-24), la carta no emplea el plural sino el singular, el fruto del Espíritu. El primer fruto que menciona

san Pablo es la caridad. Parecería que nos quisiera decir que alegría, paz, longanimidad, servicialidad, bondad, dulzura y templanza vienen de la caridad como los efectos vienen de una causa. De ahí la expresión “el fruto del Espíritu”. Esta interpretación parece estar confirmada por otro pasaje clásico en materia de discernimiento, El Himno a la Caridad, el capítulo 13 de la primera epístola a los Corintios.

El amor se expresa de diversas maneras de acuerdo a las circunstancias, pero es siempre el mismo amor que está actuando. Pablo tiene razón de hablar “del fruto del Espíritu” que es amor, que es caridad. Como en san Juan, nos reencontramos en Pablo con el mandamiento nuevo, el gran mandamiento dejado por Jesús a los suyos: “ámen-se los unos a los otros como los he amado; en este signo, todos los reconocerán como mis discípulos”;

Jesús había declarado: “No es diciendo: Señor, Señor, que se entrará en el Reino de los Cielos, sino haciendo la voluntad de mi Padre que está en los cielos... Apártense de mí Uds. que cometen la iniquidad” (Mt. 7, 21-23). San Juan retomaba la misma enseñanza: “El que comete el pecado es del dia-

blo, ya que el diablo es el pecador desde el origen" (1 Jn. 3,8). Pablo habla de lo que produce la carne: fornicación, impureza, perversión, idolatría, magia. A la luz de su experiencia, sabe que Satanás falsifica los frutos del Espíritu: rencor, discordia, envidia, arrebatos, disputas, distenciones, divisiones, ambiciones, etc. (Gá. 5,19-21).

La enseñanza neo-testamentaria nos da entonces normas claras que nos permiten reconocer el origen del espíritu que obra en los hombres. Por muy claras que parezcan teóricamente estas reglas, esto no impide que la realidad sea habitualmente más compleja, y que nos cuesta arreglármolas. Por esto procuraremos señalar ahora algunos otros criterios que podrían guiarnos en la práctica.

CRITERIOS EXTERIORES

Estos criterios exteriores no son sino los frutos del Espíritu en sus manifestaciones exteriores. La lista podría ser larga, pero nos contentaremos de señalar algunos.

Primer criterio: El apego al Padre y a su Hijo Jesús. En su primera carta a los Corintios, Pablo escribe: "Nadie hablando bajo la inspiración del Espíritu de Dios puede decir: 'Anatema es Jesús'; y nadie puede decir: 'Jesús es Señor' sino bajo la acción del Espíritu Santo" (1 Co. 12,3). Pablo señala en otra parte: "Los animados por el Espíritu de Dios son Hijos de Dios... Ustedes han recibido un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abba! ¡Padre!" (Rm. 8,14-15). El primer don que hacen Jesús y el Padre a la Iglesia el día de Pentecostés, es el don del Espíritu. En el día de nuestro bautismo y de nuestra confirmación, "el amor de Dios se repartió en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado" (Rm. 5,5). Este Espíritu de amor no puede sino atraernos, fortificarnos y enraizarnos más y más en nuestro apego al Padre y a su Hijo Jesús. "Que se digne el

Padre, según la riqueza de su gloria, fortalecerlos por su Espíritu para que se forme en ustedes el hombre interior; que Cristo habite en sus corazones por la fe; que estén arraigados y cimentados en el amor. Así, conocerán el amor de Cristo que supera a todo conocimiento, y se irán llenando hasta la total plenitud de Dios” (Ef. 3, 16-19).

Segundo criterio: El apego a la Escritura. Cuando amamos a alguien, todo lo que tenga relación con él, nos interesa. En la Escritura reencontramos al Dios amado a través de su Palabra. La Iglesia recoge en la Escritura la Palabra de Dios. Nadie, siendo guiado por el Espíritu, puede negar la enseñanza del Evangelio. A sus discípulos de Galacia Pablo les escribía: “Me extraña que tan pronto han abandonado a Aquél que los ha llamado por la gracia de Cristo, para pasarse a otro evangelio. En realidad no hay otro evangelio sino que hay entre ustedes algunos perturbadores que quieren trastornar el Evangelio de Cristo. Pero aun, si nosotros mismos o un ángel del cielo viniera para anunciar un evangelio diferente del que les habemos predicado ¡sea maldito! Ya les he dicho, y hoy día lo repito: si alguien, les anuncia un evangelio que no es el que

ustedes recibieron, ¡sea maldito!” (Gál. 1, 6-9). El Espíritu de Verdad no puede contradecirse; ni menos, contradecir la enseñanza del Evangelio. Si hay contradicción, con toda seguridad no es el Evangelio el que se equivoca.

Tercer criterio: El apego a la Iglesia. Según la gran imagen paulina, la Iglesia es el Cuerpo de Cristo y ser miembro de la Iglesia, es ser miembro de Cristo: “Pues bien, ustedes son el Cuerpo de Cristo, y miembros cada uno por su parte” (1 Co. 12,27). “Del mismo modo que el cuerpo es uno, y tiene muchas partes, y todas las partes del cuerpo, aun siendo muchas, forman un solo cuerpo, así también Cristo” (1 Co. 12,12). Este apego cada vez más profundo a la Iglesia, deriva y derivará de mi apego cada vez más profundo al mismo Señor Jesús. Tal apego no excluye por lo mismo la posibilidad, en ciertos días, de sufrir en y por la Iglesia. Basta pensar en ciertos grandes hombres en la historia de la teología contemporánea; sucede con frecuencia que esos mismos hombres son los que han escrito las páginas más bellas sobre la Iglesia. Amo a la Iglesia con el mismo amor con que amo

- a Cristo, porque por Ella me llega y por ella me ha sido comunicada la vida de Dios en los sacramentos; por Ella y en Ella estoy incorporado al Pueblo de Dios; Ella que continúa repartiéndome el pan de la Palabra de Dios de la cual es la guardiana y la intérprete. El Espíritu de Cristo no puede llevarnos fuera del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia.

El amor de la Iglesia no significa una aprobación ingénuo de todo lo que se hace o dice en la Iglesia. El misterio de la Iglesia incluye su dimensión humano-divina, y la dimensión divina de la Iglesia puede ser obscurecida por su dimensión humana. Si tal fuera el caso, mi amor por la Iglesia debería ser tan grande como para tomar la palabra, y para reaccionar. Si es el Espíritu que me mueve, será el mismo Espíritu, que es el alma de la Iglesia.

Cuarto criterio: La fidelidad al deber del estado de vida. La expresión "deber de estado" podrá parecer vieja pero designa esa labor que me ha sido confiada y donde el Señor me ha colocado. Se piensa espontáneamente aquí, en las exhortaciones de Pedro y de Pablo: esposas, sométanse a sus maridos; maridos, amen a sus esposas; hijos obedezcan a sus padres; padres, no exaspe-

ren a sus hijos; esclavos, obedezcan a sus amos (Col. 3,18-22 y 1 P. 3,1-7). El sentido de esta regla se capta mejor cuando la miramos al revés: la infidelidad al deber de estado. ¿Qué pensar del hombre que abandonara a su mujer e hijos bajo el pretexto de que el Espíritu lo llamaba a otra parte? ¿Qué pensar del trabajador que se negara a trabajar o del cirujano que se negara a operar a un enfermo grave bajo el pretexto de que el Espíritu se lo prohibía?

Quinto criterio: La unidad y la armonía. “Os conjuro en nombre de nuestro Señor Jesucristo, escribe san Pablo a los Corintios, tengan todos los mismos sentimientos; que no haya entre ustedes divisiones; sean bien unidos en el mismo espíritu y en el mismo pensamiento” (1 Co. 1,10). “Mientras haya entre ustedes envidias y discordias, ¿no continúan siendo carnales y viviendo de una manera meramente humana?” (1 Co. 3,3). En oposición a los frutos del Espíritu, la epístola a los Gálatas da como frutos de la carne: odios, discordias, celos, arrebatos, disputas, disenciones, divisiones, envidias (Gá. 5, 20-21). ¿Podemos pretender estar animados por el “amor de Dios esparcido en nuestros corazones” cuando mantenemos y cultiva-

mos rabia, celos, envidia, ambición; cuando se suscita en derredor de sí arrebatos, disputas y querellas? San Juan es muy claro: "Si alguien dice: 'amo a Dios' y detesta a su hermano, es un mentiroso: él que no ama a su hermano que ve, no puede amar a Dios a quien no ve" (1 Jn. 4,20-21). Por supuesto algunas personas pueden ser sinceras pero si siembran voluntariamente la división, la desconfianza y peleas a su paso, esto con toda seguridad no viene del Espíritu de Dios. El Amor no actúa así.

FRUTOS INTERIORES

El Espíritu Santo actúa en los corazones y guarda una libertad de acción que frecuentemente nos despista. Ciertos frutos permiten, fuera de toda duda, reconocer e identificar su presencia. Son los mismos que mencionan la epístola a los Gálatas y la primera epístola a los Corintios.

Primer fruto: Fe, esperanza y caridad. Lo hemos visto recordando las enseñanzas de Jesús, de Juan y de Pablo: la caridad resume todo. Jesús mismo, quien había recibido el Espíritu sin medida (Jn. 3,34), lleva el amor hasta sus últimos límites dando su vida por nosotros. Y nos lo enseñó: "No hay amor más grande que dar su vida por sus amigos" (Jn. 15,13). Al principio del himno a la caridad del cual hemos hablado, san Pablo nos recuerda incansablemente: "Si no tengo caridad, nada soy". "La fe y la esperanza nada" (1 Co. 13,1-3). La fe y la esperanza, que acompañan siempre a la caridad, desaparecerán pero la caridad no pasará" (1 Co. 13,1-13). Todos los demás dones derivan de este don primero que es el Amor infundido en nuestros corazones.

Segundo fruto: La paz, la alegría, la serenidad. Cuando el Señor se manifiesta a sus discípulos después de la resurrección, comienza habitualmente por desearles la paz: “¡La paz sea con ustedes!” (Jn. 20,19). Es la realización de su promesa: “Mi paz les dejo, mi paz les doy” (Jn. 14,27). A los Romanos, Pablo recuerda igualmente que “el reino de Dios... es justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo” (Rm. 14,17).

La alegría y la serenidad acompañan infaliblemente a la paz. Jesús había prometido la alegría: “Los volveré a ver y su corazón se gozará, y su alegría, nadie podrá arrebatársela” (Jn. 16,22-23). Los frutos del Espíritu de los cuales habla la epístola a los Gálatas son: “caridad, alegría y paz” (Gál. 5, 22). Si esta paz y alegría no fueran sino el fruto de un conjunto de circunstancias felices, no sobrevivirían a la tribulación de un momento. Porque la paz y la alegría surgen del amor de Jesucristo, continúan manifestándose incluso en las más grandes pruebas. “Estoy lleno de consuelo; sobreabundo de alegría en todas nuestras tribulaciones” (2 Co. 7,4). Esa paz, esa alegría, y esa serenidad provienen del Espíritu Santo (1 Tes. 1,6)

Tercer fruto: Bondad, aceptación, confianza en los demás. De la comprensión del amor con que Dios me ama, deriva bondad, aceptación, abertura y confianza en los otros. Al comprender que el amor de Señor me envuelve, comprendo también que envuelve igualmente a los demás y ellos se transforman en mis hermanos y hermanas en Jesucristo. Constituyen mi familia espiritual puesto que la misma vida y el mismo espíritu nos anima. Tengo ojos nuevos para ver a las personas, un corazón nuevo para acogerlas y tenerles confianza. El Espíritu pone en cada uno de nosotros "los mismos sentimientos que estuvieron en Cristo Jesús" (Flp. 2,5). Así se explica esta unidad armónica de la cual hemos hablado anteriormente. Es la comunión en el Espíritu, la ternura compasiva, el acuerdo de los sentimientos en un mismo amor, una sola alma, un solo sentimiento que no permite nada al espíritu de partido" (Flp. 2,1-3). En mi vida personal o en la vida del grupo a que pertenezco, debo interrogarme para discernir si sé (o sabemos) acoger a los demás en la bondad y la confianza.

Cuarto fruto: Humildad y dulzura. Pablo nos advierte que la caridad "no es jactan-

ciosa, no es orgullosa ni atropelladora, no busca su propio interés, no se irrita; todo lo perdona, todo lo soporta (1 Co. 13,4-7). Cuando nos ha tocado encontrarnos con hombres y mujeres que hemos sentido profundamente penetrados por el Espíritu de Dios, nos han llamado la atención por su humildad y su dulzura. Tales personas nos hacen comprender las palabras del Evangelio: "Soy dulce y manso de corazón" (Mt. 11,29).

Humildad y dulzura no significan debilidad y acomodados. Basta con mirar la vida de Jesús para darnos cuenta. Firmeza no es tampoco sinónimo de testarudez ya que la testarudez es una forma de orgullo y el orgullo no viene de Dios. Hemos de precavernos cuando hay personas que se ponen testarudas contra todos y dicen tener la razón, asegurando que no pueden equivocarse.

ALGUNAS CONCLUSIONES

Entre los frutos del Espíritu podríamos también haber hablado de la paciencia, de la longanimidad. Hemos preferido guardar estos puntos para las conclusiones.

La paciencia supone tiempo. El Espíritu que obra en nosotros nos hace pacientes como el mismo Dios es paciente. Paciencia para con los demás para soportar su lentitud o sus incomprensiones; paciencia consigo mismo para perdurar en el tiempo o perdurar en la prueba; paciencia con Dios también, ya que "las horas de gracia no son las de nuestras impaciencias". Dios nos ha creado en el tiempo y sólo es en el tiempo que su gracia opera en nosotros. Los frutos del Espíritu se verifican en el tiempo. La imagen misma de "frutos", empleada en el Evangelio y retomada por san Pablo, sugiere la idea de tiempo. Es necesario tomar tiempo para verificar si "los frutos perduran" (Jn. 15,16). Las impresiones y las emociones espirituales pasan pero los frutos del espíritu permanecen. Desconfiemos de los juicios apresurados; no podrán sino inducirnos a error.

El tiempo y la paciencia son tanto más importantes cuanto Satanás puede disfrazarse en ángel de luz (2 Co. 11,14). En este caso, el demonio copia la acción de Dios para entrar primero en el mismo sentido del alma fiel; para llevarla finalmente en la dirección contraria. Es decir, propone pensamientos buenos y santos que armonizan con el alma justa, y después, poco a poco, procura llevarla a sus fines arrastrando el alma a sus trampas secretas y sus intenciones perversas. Tal experiencia espiritual se desarrolla en el tiempo y se necesita tiempo para determinar exactamente lo que pasó.

El discernimiento como ciencia o como arte, se aprende. El niño que aprende a leer debe emplear tiempo en descifrar los signos del alfabeto y los sonidos que produce su unión. Aprender a leer los signos del idioma del Espíritu tomará tiempo y paciencia. A la luz de la experiencia adquirida se podrá llegar a una lectura más rápida y más segura de lo que viven las personas que ensayan de dejarse conducir por el Espíritu y de vivir la vida en el Espíritu.

También deberemos aprender a respetar los caminos del Señor. La vida en el Espíritu nos obliga a una gran docilidad, a una

gran agilidad para responder a las invitaciones y a las inspiraciones del Espíritu.

No somos nosotros los que trazamos el camino, es el Señor. En la luz que nos da, tratamos de reconocer sus caminos, sus senderos y de emprenderlos enseguida. Cuando se trata de los otros no hay que querer hacerlos seguir nuestro propio camino sino hacerlos reconocer el camino que el Señor ha escogido para ellos.

Sin ser ingenuos, aprendamos a estar abiertos a las sorpresas del Espíritu Santo. "No ahoguen el Espíritu, nos recordaba san Pablo, verifiquen todo y retengan lo que es bueno". No vayamos a atribuir demasiado pronto al Espíritu todas las manifestaciones, de cualquier orden que sean, que salgan un poco de lo ordinario. No vayamos tampoco a tachar de locura lo que nos sorprende y a lo cual estamos acostumbrados. Tomémonos mejor el tiempo para tratar de discernir, observando los frutos producidos.

I N D I C E

Discernimiento y frutos del Espíritu ...	3
La enseñanza de Jesús	6
En san Juan	11
En san Pablo	14
Criterios exteriores	18
Frutos interiores	24
Algunas conclusiones	28

COLECCION "RENOVACION"

1. Plenitud en el Espíritu Santo - *Georgina Gamarra, m.m.*
2. Amar y perdonar - *Roberto de Grandis s.s.j.*
3. Oración con Jesús - *Roberto de Grandis, s.s.j.*
4. Liberación en Cristo Jesús - *Salvador Carrillo Alday, m.sp.s.*
5. Sanación de recuerdos - *Hna. Paulina Van Horn*
6. Crecer en la oración - *Roberto de Grandis, s.s.j.*
7. Grupos de oración - *Mons. Alfonso Uribe J.*
8. Carismas en los Grupos de Oración - *Robert Michel, o.m.i.*
9. Reconocer el espíritu - *Jacques Custeau, s.j.*
10. Los sacramentos - *Briege Mckenna*
11. Vivir con el espíritu - *P. Philippe, o.s.b.*
12. Conocer, amar y servir - *Hna. Briege Mckenna*